

SANTEPAR, OPERA PRIMA

LA MEMORIA DE UN LICENCIOSO

J. J. ARMAS MARCELO

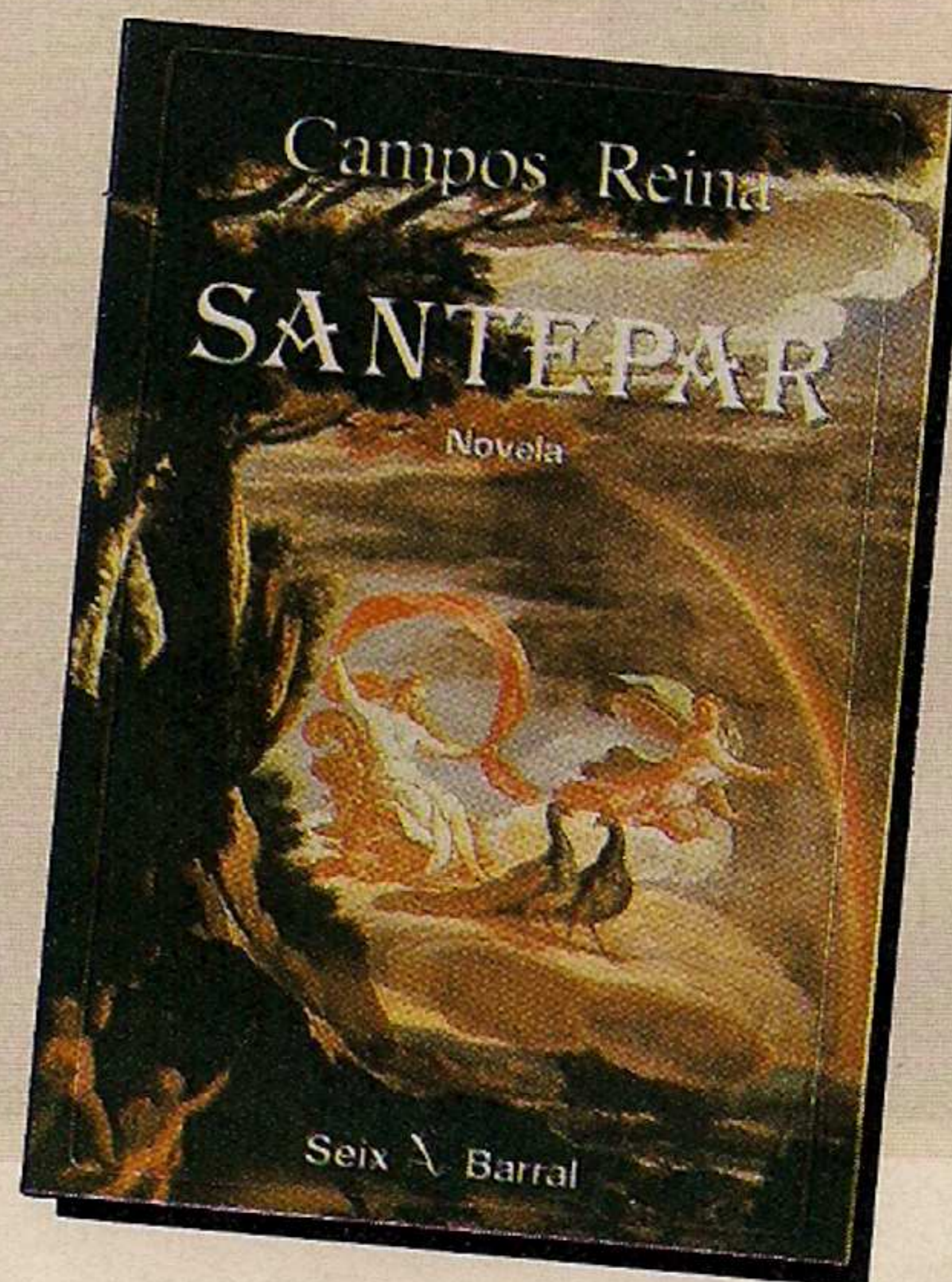
LA algarada de las nuevas generaciones de novelistas españoles no deja muchas veces ver el bosque de la verdad literaria. Entre abrojos, matas pequeñas y falsos rascacielos, la mal llamada nueva literatura española inventa generaciones, enaltece mediocridades y, tristemente, silencia con pompa fúnebre de desprecio e ignorancia casi toda la crónica de los escritores que crecen en nuestra narrativa.

Campos Reina, cordobés de 1946, ha venido al mundo de la narrativa española con una seriedad que lo aleja del mundanal ruido de las vanidades para darnos, por sus propios méritos, esta ópera prima titulada *Santepar*, una *nouvelle* digna del mayor encomio y suerte en el casquivano mercado español del libro. *Santepar* es la historia esperpéntica y sublime de un pícaro pordiosero que se ve elevado a la más alta categoría humana —la aristocracia— gracias a la taumaturgia de su propia vida y a factores tales como un falo descomunal y una facilidad para el arte de la pintura que lo lleva a escribirnos, contemporáneamente, la historia de sus caprichos.

El novelista narra en primera persona, de modo que se supone que está contando su personaje para que los lectores, a través de la lectura, lo hereden. **Campos Reina**, se nota sin remedio, posee un *background* literario que va desde **Italo Calvino** a **Cervantes**, pasando por **Lampedusa**. Clásico en su estirpe, *Santepar* es un hallazgo literario que no puede pasar inadvertido. En cuanto el lector penetra en *Santepar*, ya

el relato lo habrá ganado hasta el final.

Contradiendo a quienes luchan sin conseguirlo por imaginarse a sí mismos dentro de una novela, hasta el punto de contar alguna cosa que atrape al lector, **Campos Reina** provoca un interés que lo convierte, efectivamente, en un narrador si no singular, sí, desde luego, a tener en cuenta de aquí en adelante. Entre la fantasmagoría brumosa de la imaginación del falso *Santepar* y la maestría de este escritor que nace sin alharacas ni exageraciones, está la sexua-



lidad desbocada y pantagruélica del protagonista, la visión esperpéntica y —muchas veces— sainetesca del relato mismo y el juego alucinado con el que, entre palabras y mágicos abalorios gramaticales, se nos describe un mundo teatral cuyos antecedentes se encuentran en el mundo clásico español, observado aquí con la visión oblicua del narrador omnisciente y escéptico que ha pasado por todo en plena juventud.